

# EL MAL Y SU REMEDIO

## Volumen 1 – Sermón No. 223

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO  
14 DE NOVIEMBRE DE 1858,  
POR CHARLES HADDON SPURGEON,  
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“La maldad de la casa de Israel y de Judá es grande sobremanera”  
Ezequiel 9:9***

Tendré dos textos esta mañana: el mal y su remedio. “La maldad de la casa de Israel y de Judá es grande sobremanera”, y “La sangre de Jesucristo Su Hijo nos limpia de todo pecado”.

No podemos aprender nada del Evangelio, excepto sintiendo sus Verdades, ninguna Verdad del Evangelio es realmente conocida y realmente aprendida hasta que la hayamos probado y su poder haya sido ejercido sobre nosotros. He oído hablar de un naturalista que se creía extremadamente sabio con respecto a la historia natural de las aves y, sin embargo, había aprendido todo lo que sabía en su estudio y nunca había visto un pájaro volando por el aire o posado en su rama. No era más que un necio, aunque se creía sumamente sabio. Y hay algunos hombres que se creen grandes teólogos, incluso podrían pretender obtener un doctorado en divinidad. Y, sin embargo, si llegáramos a la raíz del asunto y les preguntáramos si alguna vez vieron o sintieron alguna de estas cosas de las que hablaron, tendrían que decir: “No. Sé estas cosas en la letra, pero no en el espíritu. Los entiendo como una cuestión de teoría, pero no como cosas de mi propia conciencia y experiencia”.

Tengan la seguridad de que, así como el naturalista que era meramente el estudiante de las observaciones de otros hombres no sabía nada, así el hombre que finge ser religioso, pero nunca ha penetrado en las profundidades y el poder de sus doctrinas, ni ha sentido la influencia de ellas en su corazón, no sabe nada. Cualquier cosa y todo el conocimiento que pretende no es sino ignorancia barnizada. Hay algunas ciencias que se pueden aprender con la cabeza, pero la ciencia de Cristo crucificado sólo se puede aprender con el corazón.

He hecho uso de este comentario como prefacio de mi sermón, porque creo que será forzado de nuestros corazones antes de que lo hayamos hecho, si las dos verdades que consideraré esta mañana nos llegarán con poder. La primera verdad es la grandeza de nuestro pecado.

Ningún hombre puede conocer la grandeza del pecado hasta que lo haya sentido, porque no hay vara de medir para el pecado excepto su condenación en nuestra propia conciencia, cuando la Ley de Dios nos habla con un terror que se puede sentir. Y en cuanto a la riqueza de la sangre de Cristo y su poder para lavarnos, de eso tampoco podemos saber nada hasta que nosotros mismos hayamos sido lavados y hayamos probado que la sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios, nos ha limpiado de todo pecado.

**1.** Comenzaré, entonces, con la primera doctrina tal como está contenida en el capítulo noveno de Ezequiel, el versículo noveno: "La maldad de la casa de Israel y de Judá es grande sobremanera". Hay dos grandes lecciones que todo hombre debe aprender y aprender por experiencia, antes de que pueda ser cristiano. Primero, debe aprender que el pecado es una cosa muy grande y mala. Y debe aprender también que la sangre de Cristo es una cosa sumamente preciosa y puede salvar perpetuamente a los que se acercan a ella. La lección anterior la tenemos ante nosotros. ¡Oh, que Dios, por Su Espíritu infinito y por Su gran sabiduría, nos lo enseñe a algunos de nosotros que nunca antes lo supimos!

Algunos hombres imaginan que el Evangelio fue diseñado, de una forma u otra, para suavizar la dureza de Dios hacia el pecado. ¡Ah, qué equivocada la idea! No hay una condenación más dura del pecado en ninguna parte que en el Evangelio. Irás al Sinaí y allí oirás rodar sus truenos. Contemplantos el destello de su terrible relámpago, hasta que, como Moisés, temerás y te estremecerás en extremo, saldrás declarando que el pecado debe ser una cosa terrible, de lo contrario, el Santo nunca habría venido al Monte Parán con todos estos terrores a su alrededor, pero después de eso irás al Calvario. Allí no verás relámpagos ni oirás truenos, sino que en su lugar oirás los gemidos de un Dios que agoniza, y contemplarás las contorsiones y agonías de Aquel que padeció:

***"Todo lo que el Dios Encarnado pudo soportar,  
con la fuerza suficiente y sin escatimar nada".***

Y entonces dirás: "Ahora, aunque nunca temo ni tiemblo, sé cuán grande debe ser el pecado, ya que tal Sacrificio fue requerido para hacer una expiación por él". ¡Ay, pecadores! Si vienes al Evangelio imaginando que allí encontrarás una disculpa por tu pecado, en verdad te has equivocado de camino. Moisés te acusa de pecado y te dice que no tienes excusa. Pero en cuanto al Evangelio, él arranca de vosotros toda sombra de cobertura, te deja sin manto por tu pecado, te dice que has pecado voluntariamente contra el Dios Altísimo, que no tienes una disculpa que puedas hacer por todas las iniquidades que has cometido contra Él. Y lejos de suavizar tu pecado y decirte que eres una criatura débil y que por lo tanto no puedes evitar tu pecado, carga sobre ti la misma debilidad de tu naturaleza y hace de eso mismo el pecado más condenatorio de todos.

Si buscas excusas, es mejor que mires el rostro de Moisés, cuando está vestido con toda la majestad de los terrores de la Ley, que el rostro del Evangelio, que es mucho más terrible para quien busca encubrir su pecado.

Tampoco el Evangelio de ninguna manera le da al hombre la esperanza de que las demandas de la Ley se aflojen de alguna manera. Algunos imaginan que bajo la antigua dispensación Dios exigió grandes cosas del hombre, que Él ató sobre el hombre cargas pesadas que eran difíciles de llevar, y suponen que Cristo vino al mundo para poner sobre los hombros de los hombres una Ley más ligera, algo que sería más fácil para ellos obedecer, una Ley que puedan guardar más fácilmente, o que, si la quebrantan, no les caería encima con amenazas tan terribles, no es así. El Evangelio no vino al mundo para suavizar la Ley. Hasta que el Cielo y la tierra pasen, ni una jota ni una tilde de la Ley fallará. Lo que Dios ha dicho al pecador en la Ley, se lo dice al pecador en el Evangelio. Si Él declara que, "el alma que pecare, esa morirá", el testimonio del Evangelio no es contrario al testimonio de la Ley. Si Él declara que quien quebranta la Ley sagrada será castigado con toda seguridad, el Evangelio exige también sangre por sangre y ojo por ojo y diente por diente, y no relaja ni una sola jota ni una tilde de sus demandas. Es tan severa y tan terriblemente justa como la Ley misma. ¿Respondéis a esto, que ciertamente Cristo ha suavizado la Ley? Respondo que no conoces, pues, la misión de Cristo. ¿Que Cristo ciertamente ha suavizado la Ley? Respondo que no conoces, pues, la misión de Cristo. ¿Que Cristo ciertamente ha suavizado la Ley? Respondo que no conoces, pues, la misión de Cristo.

¿Qué dijo Él mismo? El Señor ha dicho en la Ley "No cometerás adulterio", ¿ha suavizado Cristo la Ley? No, Él dice: "Os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón". Eso no es un ablandamiento de la Ley. Es, por así decirlo, el afilado del filo de la terrible espada de la Justicia Divina, para hacerla más afilada de lo que parecía antes. Cristo no ha apagado el horno, más bien parece calentarlo siete veces más. Antes de que Cristo viniera, el pecado me parecía poco, pero cuando Él vino, el pecado se volvió excesivamente pecaminoso y toda su terrible atrocidad fue expuesta ante la luz.

"Pero," dice alguien, "Seguramente el Evangelio elimina en algún grado la grandeza de nuestro pecado. ¿No suaviza el castigo del pecado?" Ah, no. Apelarás a Moisés, deja que suba al púlpito y te predique, él dice: "El alma que pecare, esa morirá". Y su sermón es pavoroso y terrible. Se sienta, y ahora viene Jesucristo, el hombre de rostro amoroso. ¿Qué dice Él con respecto al castigo del pecado? Ah, señores, nunca hubo tal predicador de los fuegos del infierno como lo fue Cristo. Nuestro Señor Jesucristo era todo amor, pero también era todo honestidad. "Jamás hombre alguno habló así", cuando vino a hablar del castigo de los perdidos. ¿Qué otro Profeta fue el autor de expresiones tan espantosas como estas? "Él quemará la paja con fuego inextinguible". "Éstos irán al castigo eterno"? ¿O esto: "Donde su gusano no muere y su fuego nunca se apaga"?

Párate a los pies de Jesús cuando Él te habla del castigo del pecado y el efecto de la iniquidad, y puedes temblar allí mucho más de lo que hubieras hecho si Moisés hubiera sido el predicador y si el Sinaí hubiera estado en el fondo para concluir el sermón. No, hermanos, el Evangelio de Cristo en ningún sentido ayuda a hacer menos pecado. La proclamación de Cristo hoy por Su ministro es la misma que la declaración de Ezequiel en la antigüedad: "La maldad de la casa de Israel y de Judá es grande sobremanera".

Y ahora intentemos tratar con los corazones y las conciencias por un momento. Mis hermanos, hay algunos aquí que nunca han sentido esta verdad. Sois muchos los que os dais la vuelta asustados. Iréis a casa y me presentaréis como alguien que se deleita en insistir en ciertas cosas oscuras y terribles que supongo que son ciertas, decís dentro de vosotros mismos: "No puedo, no aceptaré esa doctrina del pecado. Sé que soy una criatura frágil y débil. He cometido muchos errores en mi vida, eso lo admito, pero aun así es mi naturaleza y, por lo tanto, no pude evitarlo. No voy a ser procesado ante un púlpito y condenado como el más grande de los criminales. Puedo ser un pecador, confieso que lo soy con el resto de la humanidad, pero en cuanto a que mi pecado sea algo tan grande como el que el hombre intenta describir, no lo creo, rechazo la doctrina".

¿Y crees, amigo mío, que estoy sorprendido de que lo hagas? Sé quién eres. Es porque hasta ahora la gracia de Dios nunca ha tocado tu alma, por lo que dices esto. Y aquí viene la prueba de la doctrina con la que comencé. No conoces esta verdad porque nunca la has sentido, pero si lo hubieras sentido, como lo ha sentido todo verdadero hijo de Dios, dirías: "El hombre no puede describir sus terrores tal como son. Deben sentirse antes de que puedan ser conocidos y cuando se sientan no deben expresarse en toda su plenitud de terror".

Pero ven, déjame razonar contigo por un momento. Tu pecado es grande, aunque lo creas pequeño. Recuerden, hermanos y hermanas, no voy a pretender que su pecado es mayor que el mío. Te hablo y también hablo conmigo mismo: tu pecado es grande. Sígueme en estos pocos pensamientos y tal vez lo entiendas mejor. ¿Cuán grande es un pecado, cuando según la Palabra de Dios un solo pecado podría bastar para condenar el alma? Un pecado, recuerda, destruyó a toda la raza humana. Adán sólo tomó del fruto prohibido y ese único pecado arrasó el Edén, nos hizo a todos herederos de la maldición, e hizo que la tierra produjera espinos y cardos, hasta el día de hoy. Pero te puedes preguntar, ¿Puede un pecado destruir el alma? ¿Es posible que un solo pecado pueda abrir las puertas del Infierno y luego cerrarlas sobre el alma culpable para siempre y que Dios rechace Su misericordia y excluya a esa alma para siempre de la presencia de Su rostro? Sí, si creo en mi Biblia, debo creer eso. Oh, cuán grandes deben ser mis pecados si este es el efecto terrible de una transgresión. El pecado no puede ser la pequeña cosa que mi orgullo me ha ayudado a imaginar que es. ¡Debe ser algo terrible si un solo pecado pudiera arruinar mi alma para siempre!

Reflexiona, Amigo mío, por un momento, qué cosa tan imprudente e impertinente es el pecado. He aquí, hay un Dios que llena todo en todo y Él es el Creador Infinito. Él me hace y no soy nada más a sus ojos que un grano de polvo animado. ¡Y yo, ese animado grano de polvo, con una mera existencia efímera, tengo la impertinencia y la imprudencia de oponer mi voluntad a la Suya! ¡Me atrevo a proclamar la guerra contra la Majestad Infinita del Cielo! Es una cosa tan audaz, tan infernalmente llena de orgullo, que uno no debe maravillarse de que incluso un pecado en el pequeño ojo del hombre, cuando es mirado por la conciencia a la luz del Cielo, parezca realmente grande.

Pero piensa de nuevo, ¿cuán grande parece tu pecado y el mío si pensamos en la ingratitud que lo ha marcado? El Señor nuestro Dios nos ha alimentado desde nuestra juventud hasta el día de hoy. Él ha puesto el aliento frente a nosotros y ha mantenido nuestras almas en vida. Ha vestido la tierra de misericordias y nos ha permitido caminar por estos hermosos campos. Y Él nos ha dado pan para comer y ropa para vestir y misericordias tan preciosas, que su valor total nunca puede ser conocido hasta que nos sean quitadas. Y, sin embargo, tú y yo hemos perseverado en quebrantar todas Sus leyes deliberada y desenfrenadamente, hemos ido en contra de Su voluntad. Ha sido suficiente para nosotros saber que una cosa ha sido la voluntad de Dios, y de inmediato nos hemos opuesto a ella. ¡Oh, si ponemos nuestros pecados secretos a la luz de Su misericordia, si nuestras transgresiones se ponen al lado de Sus favores, cada uno de nosotros debe decir, nuestros pecados en verdad son muy grandes!

Fíjate, no me dirijo ahora única y exclusivamente a aquellos a quienes la Palabra misma condena de gran pecado. Por supuesto, no dudamos ni por un momento en hablar del borracho, el fornicario, el adúltero y el ladrón como grandes pecadores. No debemos escatimar en decir que su iniquidad es sumamente grande, porque excede incluso los límites de la moralidad del hombre y las leyes de nuestro gobierno civil, pero hoy les hablo a ustedes que han sido los más morales. A ti cuyo porte exterior es todo lo que se podría desear. a vosotros que habéis guardado el día de reposo, a vosotros que habéis frecuentado la casa de Dios y adorado exteriormente. Tus pecados y los míos son muy grandes, parecen pequeños a simple vista, pero si llegamos a cavar en el corazón y vemos su iniquidad, su horrible negrura, debemos decir de ellos que son sumamente grandes.

Y nuevamente, lo repito, esta es una doctrina que ningún hombre puede conocer y recibir correctamente hasta que la haya sentido. Querido lector, ¿alguna vez ha sentido que esta doctrina es verdadera? "Mi pecado es muy grande". La enfermedad es una cosa terrible, más especialmente cuando va acompañada de dolor, cuando el pobre cuerpo es atormentado hasta el extremo de que el espíritu desfallece dentro de nosotros y quedamos secos como un tiesto. Pero doy testimonio en este lugar esta mañana de que la enfermedad, por agonizante que sea, no se parece en nada al descubrimiento de la maldad del pecado.

Prefiero pasar siete años del dolor más fatigoso y de la enfermedad más languideciente, que volver a pasar por el terrible descubrimiento de los terrores del pecado. Habrá algunos de ustedes que entenderán lo que quiero decir, porque han sentido lo mismo. Una vez estabas jugando con tus lujurias y jugando con tu pecado, y le agradó a Dios abrir tus ojos para ver que el pecado es extremadamente pecaminoso. Recuerdas el horror de ese estado, parecía como si todas las cosas horribles se reunieran en un espectáculo terrible y espantoso. Antes amabais vuestras iniquidades, pero ahora las aborrecisteis y os aborrecéis a vosotros mismos.

Antes, habías pensado que tus transgresiones podrían eliminarse fácilmente, eran asuntos que podrían ser borrados rápidamente por el arrepentimiento, o purgados por la enmienda de tu vida. Mas ahora el pecado os parecía cosa espantosa, y sabiendo que vosotros habíais cometido toda esta iniquidad, la vida os parecía maldición y muerte. Si no hubiera sido por ese algo lúgubre después de la muerte, habría sido para ti la mayor bendición si hubieras podido escapar de los latigazos de tu conciencia, que parecían azotarte perpetuamente con látigos de alambre ardiente. Algunos de ustedes, tal vez, pasaron por un poco de esto. Dios se complació en Su gracia en darte liberación en unas pocas horas, pero debes confesar que esas horas fueron horas en las que parecía como si se hubieran comprimido años de miseria.

Fue mi triste suerte durante tres o cuatro años sentir la grandeza de mi pecado, sin descubrir la grandeza de la misericordia de Dios. Tuve que caminar por este mundo con mucho más peso sobre mis hombros y soportar un dolor que supera a todos los demás dolores, como una montaña supera a un topo. Y a menudo me pregunto hasta el día de hoy cómo fue que mi mano no desgarró mi propio cuerpo en pedazos a través de la terrible agonía que sentí, cuando descubrí la grandeza de mi transgresión. Sin embargo, yo no había sido un pecador mayor que cualquiera de ustedes aquí presentes, abierta y públicamente, pero los pecados del corazón quedaron al descubierto, los pecados de los labios y la lengua fueron descubiertos y entonces supe, oh, que nunca tenga que aprender de nuevo en una escuela tan terrible esta terrible lección: "La iniquidad de Judá y de Israel es muy grande". Esta es la primera parte del discurso.

**2.** "Bueno", exclama uno, girando sobre sus talones, "hay muy poco consuelo en eso. Es suficiente para llevar a uno a la desesperación, si no a la locura misma". Ah, amigo, tal es el diseño mismo de este texto. Si puedo tener el placer de llevarte a la desesperación, si es una desesperación por tu justicia propia y una desesperación por salvar tu propia alma, seré tres veces feliz.

Pasamos, pues, de ese terrible texto al segundo, el primero de Juan, el primer capítulo y el séptimo versículo: "La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado". Allí yace la negrura, aquí está el Señor Jesucristo. ¿Qué hará con él? ¿Irá Él y le hablará y le dirá: "Este no es un gran mal, ¿esta negrura no es más que un pequeño punto?"

Oh, no, Él lo mira y dice: "Esta es una negrura terrible, una oscuridad que se puede sentir. Este es un mal muy grande". ¿Lo cubrirá entonces? ¿Tejerá un manto de excusas y luego lo envolverá alrededor de la iniquidad?

No, cualquiera que sea la cubierta que haya podido haber, Él la levanta y declara que cuando venga el Espíritu de la Verdad, Él convencerá al mundo de pecado y desnudará la conciencia del pecador, examinará la herida hasta el fondo. ¿Qué hará entonces? Hará algo mucho mejor que dar una excusa o que pretender de alguna manera hablar a la ligera de ello. ¡Él lo limpiará todo, lo eliminará por completo por el poder y la virtud meritoria de Su propia sangre que es capaz de salvar hasta lo sumo! El Evangelio no consiste en hacer parecer pequeño el pecado del hombre. La forma en que los cristianos obtienen su paz no es viendo sus pecados marchitarse y encogerse hasta que les parezcan pequeños. Por el contrario, ellos, en primer lugar, ven que sus pecados se expanden y luego, después de eso, obtienen su paz al ver esos pecados completamente barridos, tan lejos como el este está del oeste.

Ahora, teniendo en cuenta las observaciones que hice sobre el primer texto, llamo su atención por unos momentos a la grandeza y belleza del segundo. Note aquí, "La sangre de Jesucristo Su Hijo nos limpia de **TODO** pecado". Medita en la palabra "todo" por un momento. Nuestros pecados son grandes, todo pecado es grande, pero hay algunos que en nuestra comprensión parecen ser mayores que otros. Hay delitos que el labio del pudor no podría mencionar. Podría llegar lejos en este púlpito esta mañana al describir la degradación de la naturaleza humana en los pecados que ha inventado. Es asombroso cómo el ingenio del hombre parece haberse agotado en inventar nuevos crímenes. Seguramente no es posible inventar un nuevo pecado, pero si lo hubiera, antes de que pase mucho tiempo el hombre lo inventará, porque el hombre parece sumamente astuto, y lleno de sabiduría en el descubrimiento de los medios para destruirse a sí mismo y esforzarse por dañar a su Hacedor.

Pero hay algunos pecados que muestran un grado diabólico de ingenio degradado, algunos pecados de los que sería vergonzoso hablar, en los que sería vergonzoso pensar, pero note aquí: "La sangre de Jesucristo limpia de todo pecado". Puede haber algunos pecados de los que un hombre no puede hablar, pero no hay pecado que la sangre de Cristo no pueda lavar. Blasfemia, por profana que sea. La lujuria, por bestial que fuera. La codicia, por muy lejos que haya llegado al robo y al saqueo. La transgresión de los Mandamientos de Dios, por mucho que haya corrido, todo esto puede ser perdonado y lavado por la sangre de Jesucristo.

En todas las largas listas de pecados humanos, aunque sean largas como el tiempo, hay un solo pecado que es imperdonable y que ningún pecador ha cometido si siente dentro de sí un anhelo de misericordia. Porque ese pecado una vez cometido, el alma se endurece, muere y se cauteriza, y nunca más desea encontrar la paz con Dios.

Por tanto, te declaro, oh pecador tembloroso, que por grande que sea tu iniquidad, cualquiera que sea el pecado que hayas cometido en todas las listas de culpa, por mucho que hayas superado a todos tus semejantes, aunque hayas superado a los Pablos y Magdalenas, cada uno de los culpables más atroces de la raza negra del pecado, la sangre de Cristo puede lavar vuestro pecado.

Fíjate, no hablo a la ligera de tus pecados, son muy grandes, sino que hablo aún más orgullosamente de la sangre de Cristo. Por grandes que sean vuestros pecados, la sangre de Cristo es aún mayor. Tus pecados son como grandes montañas, pero la sangre de Cristo es como el Diluvio de Noé, veinte codos hacia arriba prevalecerá esta sangre, y la cima de las montañas de tu pecado será cubierta.

Tome la palabra "todos" en otro sentido, no solo como si incluyera todo tipo de pecado, sino como si comprendiera la gran masa agregada de pecado. Ven aquí Pecador, el de las canas. ¿Qué debemos entender en su caso por esta palabra "todos"? Trae aquí la tremenda carga de los pecados de tu juventud. Esos pecados aún están en tus huesos y tus rodillas vacilantes testifican a veces contra las iniquidades de tu temprana juventud, pero todos estos pecados Cristo los puede quitar. Ahora trae aquí los pecados de tu madurez, tus transgresiones en la familia, tus fracasos en los negocios, todas las equivocaciones y todos los errores que has cometido en los pensamientos de tu corazón. Tráelos a todos aquí, y luego añade las iniquidades de tu edad frágil y temblorosa. ¡Qué gran cantidad hay allí! ¡Qué cantidad de pecado! Revuelve esa masa pútrida, pero primero ponte el dedo en las fosas nasales, porque no puedes soportar el hedor si eres un hombre con una conciencia viva y vivificada. ¿Podrías soportar leer tu propio diario si hubieras escrito allí todos tus actos? No. Aunque eres el más puro de la humanidad, tus pensamientos, si hubieran podido ser registrados, ahora si pudieras leerlos, te sobresaltarían y te sorprenderían de que seas lo suficientemente demoniaco, como para haber tenido tales imaginaciones dentro de tu alma. Pero ponlos todos aquí y todos estos pecados la sangre de Cristo puede lavarlos.

No más que eso. Venid aquí, los miles que estáis reunidos esta mañana para escuchar la Palabra de Dios. ¿Cuál es el agregado de su culpa? Aquí habéis venido, hombres de todos los grados y clases y mujeres de todas las edades y órdenes. ¿Cuál es la masa de toda vuestra culpa unida? ¿Podrías ponerlo de modo que la observación mortal pudiera comprender el todo? ¿Aunque fuera como una montaña con una base ancha como la eternidad y una cumbre alta casi como el trono del gran arcángel? Pero, recuerda, la sangre de Jesucristo Su Hijo limpia de todo pecado. Que la sangre sea aplicada a nuestras conciencias y que toda nuestra culpa sea quitada y desechada para siempre, todo, ni uno solo, ni una sola mancha que quede, todos desaparecidos, como los enemigos de Israel, todos ahogados en el Mar Rojo de modo que no quedó ninguno de ellos. Todos fueron barridos, no quedando tanto como el recuerdo que quedó de ellos. "La sangre de Jesús limpia de todo pecado".

Sin embargo, una vez más, en el elogio de esta sangre debemos notar una característica adicional. Hay algunos de ustedes aquí que están diciendo: "Ah, esa será mi esperanza cuando llegue a morir, que, en la última hora de mi aflicción, la sangre de Cristo quitará mis pecados. Ahora me consuela pensar que la sangre de Cristo lavará, quitará y purificará las transgresiones de la vida". Pero, nota, ¡mi texto no dice eso! No dice que la sangre de Cristo limpiará, eso es cierto, pero dice algo más grande que eso, dice: "La sangre de Jesucristo Su Hijo limpia", limpia ahora. ¿Y es posible que ahora un hombre pueda ser perdonado? ¿Puede una ramera ahora tener todos sus pecados borrados del Libro de Dios? ¿Y ella puede saberlo? ¿Podrá hoy el ladrón arrojar al mar todas sus transgresiones? ¿Y puede saberlo?

¿Puedo yo, el más grande de los pecadores, ser limpiado este día de todos mis pecados y saberlo? ¿Puedo saber que soy aceptado ante el Trono de Dios, una criatura santa porque está limpia de todo pecado? Sí, díselo a todo el mundo, que la sangre de Cristo no solo puede lavarte en la última hora de tu muerte, sino que puede lavarte ahora. Y sea sabido, además, que de esto hay mil testigos, que, levantándose en este mismo lugar de sus asientos, podrían cantar:

***"¡Oh, cuán dulce es ver el fluir  
de la sangre preciosa de mi Salvador,  
con la certeza divina sabiendo que  
Él ha hecho mi paz para con Dios!"***

¿Qué no darías para que todos tus pecados fueran borrados ahora? ¿No te entregarías a ti mismo para convertirte en el siervo de Dios para siempre, si ahora tus pecados fueran lavados? Ah, entonces, no digáis en vuestros corazones: "¿Qué haré para obtener esta misericordia?" Imagina que no hay ninguna dificultad en tu camino. Supongamos que no hay algo difícil que hacer ante usted mismo y Cristo. ¡Ven, alma, en este momento ven a Aquel que colgó de la Cruz del Calvario! ¡Ven ahora y déjate lavar!

Pero, ¿qué quiero decir con venir? Quiero decir esto, ven y pon tu confianza en Cristo y serás salvo. ¿Qué significa creer en Cristo? Algunos dicen que "creer en Cristo es creer que Cristo murió por mí". Esa no es una definición satisfactoria de la fe. Un arminiano cree que Cristo murió por todos, debe, por tanto, creer necesariamente que Cristo murió por él. Su creencia en eso no lo salvará, porque seguirá siendo un hombre inconverso y, sin embargo, creerá eso.

Creer en Cristo es confiar en Él. La forma en que creo en Cristo, y no sé cómo hablar de ello excepto como lo siento yo mismo, es simplemente esta, sé que está escrito que "Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores". Creo firmemente que aquellos a quienes Él vino a salvar, Él los salvará. La única pregunta que me hago es: "¿Puedo ponerme entre ese número de quienes Él ha declarado que vino a salvar?" ¿Soy un pecador?

No uno que pronuncie la palabra en un sentido elogioso, pero ¿siento la profunda compunción en lo más íntimo de mi alma? ¿Estoy de pie y me siento condenado, culpable y condenado? Sé lo que hago. Sea lo que sea que no sea, una cosa sé que soy, un pecador, culpable, conscientemente culpable y, a menudo, miserable a causa de esa culpa.

Pues bien, la Escritura dice: "Palabra fiel y digna de ser recibida por todos, que Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores".

***"Y cuando el ojo de tu fe se oscurezca,  
sigue confiando en Jesús, nada o húndete;  
así, ante el estrado de sus pies, doblad la rodilla  
y el Dios de Israel será vuestra paz".***

Permíteme poner toda mi confianza en el sacrificio sangriento que Él ofreció por mí. No tendré dependencia en mis oraciones, mis obras, mis sentimientos, mi llanto, mi predicación, mi pensamiento, mis lecturas de la Biblia, ni todo eso. Desearía tener buenas obras y, sin embargo, en mis buenas obras no pondré ni sombra de confianza.

***"Nada en mis manos traigo,  
simplemente a tu Cruz me aferro".***

Y si hay algún poder en Cristo para salvar, yo soy salvo. Si hay un brazo eterno extendido por Cristo y si ese Salvador que colgó allí era "Dios, sobre todo, bendito por los siglos", y si Su sangre aún se exhibe ante el Trono de Dios como el sacrificio por el pecado, entonces no puedo perecer, hasta que el trono de Dios se rompa, y hasta que los pilares de la justicia de Dios se derrumben.

Ahora, pecador, ¿qué tienes que hacer esta mañana? Si sientes que tu culpa es grande, lánzate por completo a este sacrificio de sangre. "Pero no", dice uno, "no he sentido lo suficiente". Tus sentimientos no son Cristo. "No, pero no he orado lo suficiente". Tus oraciones no son Cristo y tus oraciones no pueden salvarte. "No, pero no me he arrepentido lo suficiente". Tu arrepentimiento puede destruirte, si lo pones en el lugar de Cristo. Todo lo que tienes, repito esta mañana, es esto, ¿te sientes como un pecador perdido, arruinado y culpable? Entonces simplemente apóyate en el hecho de que Cristo es capaz de salvar a los pecadores y descansar allí. ¿Qué? ¿Dices que no puedes hacerlo? Oh, que Dios te capacite, que Él te dé fe, te hundas o nades, para arrojarte sobre eso. "Bueno, pero", dice usted, "puedo no serlo, siendo tan pecador". Puedes, y Dios nunca ha rechazado todavía a un pecador que buscó la salvación por medio de Jesús. Tal cosa nunca sucedió, aunque el pecador a veces pensó que sí.

Ven, la miga está debajo de la mesa. Aunque no seas más que un perro, ven y recógela. Es un privilegio incluso para el perro tomarlo. Y la misericordia que es grande para ti es solo una migaja para Aquel que la da gratuitamente, ven y tómalala, Cristo no te rechazará. Y si eres el primero de los pecadores que jamás haya existido, simplemente encomiéndate a Él, y no puedes perecer, si Dios es Dios, y si esta Biblia es el libro de su verdad. Que el Señor nos ayude ahora a cada uno de nosotros a venir de nuevo a Cristo, y a Su nombre sea la gloria.

[EstudiaLaPalabra.org](http://EstudiaLaPalabra.org)